

su padre, conde de Tolosa, abjuró solemnemente la herejía de los Albigenses, y prometió reconocer la soberanía de Luis IX. Descalzo y despojado de todas las insignias de su dignidad, el conde vino á postrarse ante el cardenal de San Ángelo, legado del papa, y recibió la solemne absolucion de las censuras eclesiásticas en que habia incurrido. Concluyó pues definitivamente la guerra de los Albigenses; y su desenlace hizo dar un gran paso á la grandeza de la Francia. Se estableció una saludable fusion entre las provincias del mediodía y del norte, divididas hasta entonces por lenguaje y costumbres; y se extinguió en fin un foco siempre dispuesto á encender discordias y guerras.

7. Honorio III no alcanzó el feliz término de estos acontecimientos, pues que habia muerto en el año anterior, 1227, en el momento mismo en que el emperador de Alemania, Federico II, volvía á comenzar la lucha de los príncipes de la casa de Hohenstaufen contra la Iglesia. Su pontificado habia sido en cierto modo el complemento del de Inocencio III. El siglo XIII, tan fecundo en santos y gloriosos hechos, presenta durante los dos pontificados pasados una verdadera cosecha de grandes hombres y santos. Sentimos no poder citar aquí sino nombres, sin acompañarlos de detalles. [San Fernando, rey de Castilla, tío carnal de san Luis, y no menos santo y heroico, aunque mas afortunado que él; el famoso Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, santo prelado y sabio cronista é historiador]; los beatos Gil, Bernardo de Quintoval y Pedro de Catane, discípulos de san Francisco de Asis; san Ceslao y san Jacinto de Polonia; san Antonio de Padua, y san Raimundo de Peñafort, discípulo de santo Domingo; san Edmundo, arzobispo de Cantorbery; santa Verdiana de Florencia, santa Zita de Luca, y la beata Margarita de Lovaina, todas tres mozas de servicio; san Conrado de Baviera; santa Hedwigis, duquesa de Polonia, y otros muchos santos y santas, formaban entonces la guirnalda de santidad y virtudes en la Iglesia. San Juan de Mata y san Félix de Valois fundaron la orden de la Santísima Trinidad para la redencion de cautivos en el Oriente; y san Pedro No-

lasco, de Carcasona, fundó en Barcelona con el mismo objeto la orden de Nuestra Señora de la Merced, piadosas y nobles instituciones que habia hecho nacer la caridad cristiana, y cuyos miembros seguian las cruzadas [ó se introducian entre los Sarracenos] para enjugar las lágrimas de los infelices cautivos, á quienes abrian las puertas de su patria [y daban libertad, muy frecuentemente, con la esclavitud voluntaria de sus propias personas en rehenes].

§ II. PONTIFICADO DE GREGORIO IX (18 de marzo de 1227-21 agosto de 1241).

9. El cardenal Ugolini, de la ilustre familia de los Conti, tenia más de ochenta años cuando fué elegido para suceder á Honorio III en 18 de marzo de 1227; pero el espíritu de Inocencio III animaba su vejez. Celo y energía, prudencia consumada, sagacidad y penetracion, ciencia vasta y universal, destreza en el manejo de los negocios, elocuencia persuasiva, carácter firme, nobleza de sentimientos, en una palabra, todas las cualidades que constituyen á los hombres grandes se hallaron reunidas en el nuevo papa; y Dios le dió tiempo para hacerlas servir á la gloria de la Iglesia y á honra de la Santa Sede. Tenia que verse en lucha con un adversario no menos temible que Federico Barbaroja y Enrique II. La ambicion de los Hohenstaufenes, sus proyectos de desmesurada grandeza, su quimera de monarquía universal, se habian como encarnado en Federico II, pupilo ingrato de la Iglesia, de la que se mostró mas tarde su mas encarnizado enemigo. Emperador de Alemania y rey de Sicilia, Federico II ofrecia en su persona un contraste ó conjunto de cualidades y vicios los mas opuestos entre sí. Igualaba en valor á sus antecesores y les superaba en luces. Cultivaba la poesia provenzal, ó *romance*, y se hallan en sus versos sensibilidad, fuego y armonía. La dignidad de sus maneras estaba atemperada con la dulzura y afabilidad de su trato. Educado por maestros hábiles escogidos por Inocencio III, ningun ramo de conocimientos humanos le era extraño. Pero con estos dones de un entendimiento y espíritu superior

juntaba una ambicion desmesurada, una crueldad bárbara, y una irreligiosidad tal, que en pleno siglo XIII profesaba abiertamente su admiracion por el mahometismo. Al obligar á su suegro, Juan de Briena, á que le cediese el título de rey de Jerusalem, no era de modo alguno su ánimo libertar la Palestina ni el santo sepulcro del Salvador del yugo musulman: lo que proyectaba era atribuirse un derecho de establecer en el Oriente y en provecho suyo la soberanía que se lisonjaba fundar en el Occidente. A este proyecto insensato sacrificó su palabra, sus juramentos, los derechos ajenos, los intereses de la Iglesia y hasta su honor de cristiano. Los papas, defensores natos de los intereses y derechos de todos, se opusieron á él invenciblemente, y de aquí una serie de nuevos y sangrientos disturbios entre el sacerdocio y el imperio. Sin la influencia del pontificado, es probable que la Europa y todo el mundo cristiano habrian sido subyugados á la dominacion de los emperadores tudescos. Ya desde el tiempo de Honorio III habia invadido los derechos garantizados á la Santa Sede en el reino de Sicilia para las elecciones episcopales. Su canciller, Pedro de Vignes, habia redactado un código en el cual estaban separadas las dos potencias, espiritual y temporal; lo cual hacia desaparecer la primitiva constitucion del nuevo imperio de Occidente y de la sociedad cristiana. Se partian la Italia en aquel tiempo las dos célebres facciones de Guelfos y Gibelinos. Los Guelfos estaban por la libertad de la Italia y la dominacion pontifical; estaban representados por la liga de las ciudades lombardas, cuyo centro era Milan, y que combatia la entronizacion de la política alemana. Los Gibelinos formaban el partido imperial. Federico II imprimió á su lucha un carácter de animosidad y odio casi feroz. Gregorio IX le excomulgó en el primer año de su pontificado, 1227.

10. Era menester sostener esta medida con espada en mano contra un príncipe que se mofaba de las censuras de la Iglesia. El papa se puso á la cabeza de la liga lombarda, y nombró defensor de la Santa Sede á Juan de Briena, suegro del emperador. Por su lado Federico II llamó á los Sarracenos á

Italia, los juntó con sus tropas y les dió por jefe á Rainaldo, duque de Espoleto, el cual invadió los Estados pontificios. Sin embargo, Federico II, excomulgado y rebelde á la Iglesia, para mas insultar al papa, á quien trataba como enemigo, se resolvió á salir para la Palestina. Cien mil guerreros le esperaban en Mesina, y se embarcaron con él para esta expedicion, que se ha condecorado muy falsa é impropriamente con el título de sexta cruzada, porque no tuvo ningun objeto religioso, á lo menos por parte de quien la mandaba. Cuando arribó la flota al puesto de San Juan de Acre, encontró allí dos franciscanos, enviados por Gregorio IX y encargados de prohibir comunicasen con el emperador excomulgado el patriarca de Jerusalem, los caballeros templarios, los del Hospital y del orden teutónico. La sentencia fué promulgada solemnemente y ejecutada con puntualidad. Reducido á sus propias fuerzas, Federico, que no habia venido á Oriente sino á buscar el prestigio de una expedicion lejana, quiso deber á una infame apostasia el buen éxito que no hubiera podido alcanzar con las armas. « Soy vuestro hermano, escribió á » Medelin, sultan de Egipto. La religion de Mahoma es á mi » entender tan respetable como la de Jesucristo. Heredero del » reino de Jerusalem, he venido á tomar posesion de mis Esta- » dos, y no quiero de modo alguno perturbaros en la tran- » quila posesion de los vuestros. Ahorremos sangre humana, » derramada á torrentes en las últimas guerras; y afiance » nuestra alianza una paz sólida (1). » Medelin, al entender este impío lenguaje, no podía reconocer en su autor á un sucesor de Godofredo de Bouillon; y así le otorgó cuanto pidió. Federico II entró en Jerusalem, y habia prometido al sultan que no levantaria los muros y baluartes, y esta condicion ignominiosa indignó y malquistó á todos los cristianos. Al siguiente

(1) Tenemos por apócrifa y calumniosa esta carta, no citada por ningun autor antiguo contemporáneo. Tenemos tambien por muy exagerado el retrato que el Autor hace de Federico II respecto de su impiedad maquiavélica. Mientras no se citen documentos auténticos antiguos é imparciales, hay que desconfiar mucho de cuanto alega el Autor, sobrado fácil en acoger cuanto no se haya dicho por otros.

(El Traductor.)

dia de su llegada se personó en la iglesia del Santo Sepulero, revestido de reales ornamentos; mas no halló un solo obispo para poner la corona sobre la cabeza del príncipe excomulgado, y se vió obligado á tomarla él mismo de sobre el altar. El primer rey cristiano de Jerusalem se habia portado con mas grandeza cuando se negó á llevar la diadema en los lugares donde Cristo habia sido coronado de espinas. Federico II fué el último príncipe de Európa que haya aparecido en Jerusalem como soberano. Solo estuvo allí dos dias, tiempo necesario para datar desde esta ciudad las cartas que dirigió al papa y principales obispos del Occidente, notificándoles haber restablecido el reino latino de la Palestina. Pero una circular mucho mas verídica del patriarca de Jerusalem desengañó muy pronto á la Europa toda, dándole á saber que la Palestina no habia visto en Federico II sino un traidor mas. Así acabó la sexta cruzada. Al siguiente dia salieron de la ciudad santa las tropas imperiales, y volvieron á ocuparla los Sarracenos.

11. No habia cesado entretanto la guerra en Italia. Una faccion sublevada en Roma por intrigas imperiales arrojó á Gregorio IX de la ciudad eterna. El heroico pontifice se refugió á Asis, donde procedió á la canonizacion de san Francisco. Al salir de Roma habia dejado á Juan de Briena, comandante de las tropas pontificales, instrucciones dignas de un papa. « Dios, le dice, quiere sí conservar la libertad de su Iglesia, » mas no quiere que los encargados de defenderla se muestren » sedientos de sangre ni que trafiquen con la libertad de sus » hermanos. Este ha de ser el pensamiento dominante de toda » vuestra expedicion. Tratad á los prisioneros con una gene- » rosidad tal que haga venir espontáneamente al seno de su » padre á hijos extraviados. De este modo pondremos á » cubierto la reputacion de la Iglesia y la nuestra. » Federico II de vuelta á Italia prosiguió la guerra con inaudita crueldad (1).

(1) Por no exponer á su tiempo el Autor los sucesos tales como nos los consigna la historia, resulta, mas de una vez, gran confusion en la serie de los hechos, y sobre todo las razones que los motivaron. El abate Blanc, el señor Wouter, y los editores de Berti, en Gante, en muchas menos palabras dicen mas que el abate Darras en

Se habia aumentado su cólera por el deseo de venganza personal contra Juan de Briena, su suegro. Muy pronto volvió á recuperar todas las plazas que se habia visto obligado Rainaldo á ceder á la liga lombarda. Juan de Briena, vencido, tuvo que refugiarse en Francia, donde halló los diputados que le traian la corona de Constantinopla. Se podia creer desesperada la causa del papa, pero Gregorio IX no era hombre de ceder ante los reveses. Renovó la excomunion lanzada ya contra Federico II, y añadió esta cláusula: « Por haber vilipen- » diado las censuras de la Iglesia, y rehusado someterse á las » órdenes de la Santa Sede, declaramos á todos sus vasallos de » Alemania y Sicilia absueltos de su juramento de fidelidad á » él. Nadie en efecto puede guardar fidelidad á quien lleve las » armas contra Dios y holla sus mandamientos. » Era un hecho muy trascendental en el siglo xiii la deposicion de un príncipe fulminada por un papa. Federico II lo sabia muy bien; así es que envió á Gregorio IX proposiciones de paz. Despues de largas negociaciones, la paz tan deseada fué concluida en agosto de 1230. Dos legados apostólicos levantaron la excomunion fulminada contra el emperador. Federico se presentó en seguida al papa, que estaba en Anagni. Comparció el emperador despojado de sus ornamentos imperiales, y se postró humildemente á sus piés. El vicario de Cristo le acogió con bondad, y la Iglesia romana ensanchaba sus entrañas de caridad para recibir al hijo pródigo. Pero de parte de Federico II esta sumision solo era una perfidia: regresó á Alemania, mas llagado é implacable que nunca.

12. Gregorio IX se aprovechó de una paz que presentia no ser larga para hacer entrar en sus deberes á los Romanos rebeldes. Lo logró, y regresó á su capital entre mil aclamacio-

su afectada y larga fraseología. Estos autores y todos los demás de nuestros dias, exponiendo los hechos sin pasion ni afectacion, ponen al lector al corriente de la historia, y le muestran casi con el dedo los motivos, fundados ó infundados, de tales ó tales acontecimientos. Tenemos el disgusto de decir que no sucede esto en esta historia, en muchas circunstancias en que fuera necesario ser mas claro, mas razonado, mas consiguiente. Sentimos no nos sea dado entrar en mas detalles.

(El Traductor.)

nes de aquel pueblo inconstante, en 1235. En el año anterior el infatigable pontífice publicó la *coleccion de Decretales* que lleva su nombre, y que habia hecho ordenar por san Raimundo de Peñafort, dominico, su capellan y penitenciario. Están coordinadas en ella las constituciones de los pontífices por títulos y orden de tiempos, lo que aun no se habia observado en las anteriores colecciones. Las *Decretales* de Gregorio IX principian en Alejandro III, continuando así la obra de Graciano que llegaba hasta esta época. La vigilancia del soberano pontífice se extendió á todas las comarcas del mundo. Entabló negociaciones con los emperadores de Nicea y Trebizonda para la reunion de las iglesias latina y griega: sus cartas al norte de Europa protegian las cristiandades oprimidas por los reyes esclavones y húngaros. Como la lucha continuaba en la Prusia contra los paganos pertinaces, Gregorio IX envió misioneros dominicos, que propagaron la doctrina evangélica en aquellas naciones salvajes, á las que lograron someter poco á poco al yugo del Evangelio. Los Frailes Menores se mostraron por su lado auxiliares fieles de la Santa Sede. Siguiendo á su santo fundador habian recorrido el Egipto y otras comarcas del Oriente, sometidas á la dominacion musulmana. Por lo regular solo alcanzaban la palma del martirio; pero los hijos del Profeta conocian mejor por su ardoroso celo una religion que sabia inspirarlo á tanto grado. Sin embargo se introdujo cisma en la orden de san Francisco. Fray Elías, que habia sido nombrado superior general á la muerte del santo, se pronunció abiertamente contra la austeridad de la regla, que le parecia excesiva. « Seria necesario para observarla ángeles, no hombres, » decia. Denunciado al papa Gregorio IX, fué depuesto en 1230, y mas tarde, en 1253, fué excomulgado. Fray Elías tuvo sus adherentes y sus adversarios; y su doctrina le sobrevivió. De aquí mas tarde los *conventuales*, que vivian en monasterios ricos, con la regla mitigada; y los *observantes* de la regla primitiva. En España, bajo el reinado de san Fernando, rey de Castilla, y don Jaime I, rey de Aragon, las armas de los cristianos, casi de continuo victoriosas despues de la célebre batalla de las

Navas de Tolosa, tomaron en fin un ascendiente definitivo. Las ciudades mas importantes, Córdoba, Sevilla, Valencia, todo el reino de Murcia, todo el de Jaen, así como las islas de Mallorca, Menorca é Ibiza, cayeron en su poder, y fueron restablecidos los antiguos obispados. — La Francia, libre en fin de sus largas guerras contra los Albigenses, y de las borrascas civiles de la menoría de san Luis IX, respiró pacíficamente bajo el cetro de este santo coronado, que se servia de su autoridad para establecer el reino de Dios. « ¡Que no pueda yo, decia el piadoso » monarca al publicar leyes séveras contra los blasfemos, sufrir » yo mismo las penas que infligen, si me fuera dado con ello » precaver los escándalos y ultrajes hechos á la Majestad divina! » La Francia acogió entonces con santo respeto y religioso entusiasmo las reliquias que Balduino II de Courtenay enviaba á san Luis. La *corona de espinas* que el Salvador habia llevado en la cruz, se conservaba desde tiempo inmemorial en la capilla de los emperadores de Oriente. Dos nobles sentimientos, el amor de la patria, y el fundado temor de ver pasar un dia este tesoro á los Griegos cismáticos que cada dia estrechaban mas y mas el territorio de Constantinopla, movieron á Balduino II á ofrecerlo á san Luis. « Nos vemos inevitablemente reducidos, escribia aquel al santo, á la cruel necesidad de ver pasar este precioso y sacratísimo recuerdo á » manos de extranjeros. Permitidme pues que os le remita, á » vos, mi pariente, mi soberano, mi bienhechor; y que la » Francia, mi amada patria, sea su depositaria. » San Luis y el conde de Artois, su hermano, fueron á recibir la *corona de espinas* á Sens. Por orden del rey, la *Santa Capilla*, graciosa obra maestra del arte gótico del siglo xiii, fué elevada cerca de palacio para contener la reliquia preciosa, en 1239.

13. Entretanto Federico II habia vuelto á tomar, contra la Santa Sede, su sistema de hostilidades. Desde 1223, viudo de *Yolanda* ó *Violante*, hija de Juan de Briena, habia pedido la mano de santa Inés, hija de Primislao, rey de Bohemia. La jóven y piadosa princesa prefirió el servicio de Jesucristo á todas las grandezas de la tierra; y se dirigió al papa suplicán-

dole la tomase bajo su proteccion, y no permitiese una alianza que creia contraria á lo que Dios queria de ella. Gregorio IX accedió á sus plegarias, y por autoridad apostólica prohibió al emperador pasase adelante en su pretension. Federico se enfadó mucho desde luego, pero mas tarde se calmó y cedió. « Si me hubiera abandonado, decia él, por otro hombre mortal, hubiera tomado venganza con las armas; mas no puedo hallar malo que prefiera á mí un esposo celestial. » Este acontecimiento, sin embargo, habia depositado en su interior un gérmen de odio y venganza. Las quejas de Gregorio IX, que le reprochaba sus inteligencias secretas con los Sarracenos de Sicilia, le agriaron aun mas. Así es que en 1238, su ejército, cual torrente devastador, invadió la Lombardia. Ezzelino de Romano, yerno del emperador, se pone al frente del partido Gibelino, y derrama torrentes de sangre por toda Italia, mereciendo así el renombre de *Feroz*. Las tropas imperiales se apoderan de Cerdeña, feudo de la Iglesia romana, y fundan allí un reino á favor de Encio, hijo natural del emperador. Gregorio IX tenia ya cerca de cien años, y Federico II creyó que la edad hubiera debilitado su energía; mas se engañó. El venerable pontífice junta á los cardenales, clero y pueblo de Roma en la iglesia de San Pedro; en su presencia excomulga al perjuro, y declara á todos sus vasallos de Alemania ó Italia absueltos y libres del juramento de fidelidad. Al mismo tiempo que notifican sus letras la sentencia á todos los principes de Europa, envia un legado á Francia para ofrecer la corona imperial á Roberto de Artois, hermano de Luis IX. El santo rey rehusó en nombre de su hermano una proposicion que podia perturbar la paz de sus Estados. Federico II respondió á estas medidas de vigor con violencias inauditas. Mandó echar fuera de sus Estados á los religiosos franciscanos y dominicos, cuya adhesion á la Santa Sede era tan notoria. Pedro de Vignes, su cancelario, publicó en nombre de su amo una constitucion imperial que condenaba á pena de fuego á toda persona, de cualquier clase ó condicion, de toda edad y sexo, que defiriera á la sentencia de entredicho lanzada por el papa. El que se hallare ser por-

tador de letras pontificias, cualquiera que fuese su tenor, habia de ser ahorcado inmediatamente. Al mismo tiempo Federico pasó á la Sicilia, juntó sus tropas con los Sarracenos de esta isla, y fué con ellas á asolar el condado de Benevento y demás provincias sometidas á la dominacion del papa. Dirigió á todas las cortes de Europa diputados para protestar contra Gregorio IX, á quien llamaba el *Anticristo*, y apelaba á un concilio general. Para quitar á su enemigo todo pretexto y justificarse á los ojos del universo de las violencias que se le reprochaban, el papa convocó para el año 1241 un concilio que habia de celebrarse en San Juan de Letran. Todos los obispos de Francia, ansiosos de sostener contra un tirano la independencia de la Iglesia romana, acudieron al llamamiento del papa. Llegaron á Génova, cuya república les suministró bajeles para ir á Roma por mar. Pero Federico tenia el mayor interés en impedir una asamblea que hubiera puesto de manifiesto su perfidia y mala fe. Una flota siciliana sorprendió la de los Genoveses: los obispos franceses fueron arrestados, enviádos al emperador, y luego encarcelados. En toda Europa resonó un grito de indignacion al saber este atentado. San Luis escribió al tirano: « Exigimos la inmediata libertad de todos los obispos cautivos; pensad bien el partido que habeis de tomar; porque el reino de Francia no está tan debilitado que pueda aguantar mas vuestros espuelazos. » El santo rey que así hablaba, habia dado muestras de valor heróico en Taillebourg y en Saintes contra los Ingleses. Federico temió, y puso en libertad á los obispos dos años despues. Gregorio IX no alcanzó este resultado, porque murió de dolor el 20 de abril de 1241 al saber la infame conducta de Federico II.

§ III. PONTIFICADO DE CELESTINO IV (octubre de 1241-noviembre de 1241).

14. Deplorable en extremo era la situacion de la Iglesia. Los cardenales estaban dispersos, y dos de entre ellos habian caído prisioneros de Federico. El emperador parecia triunfar en todas partes; y sin embargo, dos dias antes de su muerte,